

*dicari non debent, quam eorum captus et vires ingenii ferant* (1).

Pero tenéis más altas ambiciones y me replicáis, con ciertos hombres que buscan en la palabra pública la satisfacción de su amor propio, más que la utilidad del auditorio: «En un siglo de ciencias, la predicación debe ser científica.» No lo creáis: el siglo XIX no ha dado al vulgo de las inteligencias la virtud de comprender, mejor que las generaciones precedentes, las verdades religiosas; y los retazos de ciencia humana con que zurcís vuestros discursos no los harán más inteligentes. Sucede con la predicación científica lo que con la música de igual género, que fastidia al común de los mortales. Allende esto, el predicador se expone á risibles *qui pro quo*; y os voy á referir dos casos.

A un joven religioso, que acababa la carrera, le dió por hablar, con gran aparato de demostraciones escolásticas, del oficio de la humanidad de Jesucristo en las operaciones teándricas. Después del sermón se le acercó una vieja, diciendo: «¡Qué bien ha hecho V., Padre, en predicar de la humanidad á toda esa gente! Corremos unos tiempos en que no hay humanidad con nadie.»

Otro se metió en Fisiología, y fijándose con

(1) NATAL ALEJANDRO, *Institutio Concinatorum*, VIII, n. 13.

especialidad en la celda típica (célula) de donde pretende el materialismo sacar todas las cosas, halló modo de sacarla él á relucir en la mayoría de los sermones, hasta que una beata de su devoción llegó á decir con aire de entendida:— «Este sí que es religioso y tiene amor á la celda! No se le cae de los labios.»

Por cándido ó vanidoso, suele el amigo de la oratoria científica recibir bastante moneda falsa en pago de sus inútiles tareas.

No vayáis á creer con esto que yo proscribo lo que en verdad puede llamarse predicación científica. Hay auditorios excepcionales, compuestos en su casi totalidad de personas inteligentes é instruídas á quienes aquella puede aplicarse. Pero al suministrarles doctrina religiosa más elevada, más profunda y completa, guardaos de hacer temerarias digresiones por el vasto campo de las ciencias humanas, que ellos conocen mejor, y de exponeros así á que piensen de vosotros pobremente. Basta que al oiros, se convenzan de que no ignoráis las objeciones con que se arma la ciencia profana frente á la verdad católica, y de que sabéis resolverlas y sobre todo poseéis á fondo vuestra ciencia peculiar, la ciencia sagrada, contra la cual se revela su razón sólo porque no la han estudiado seriamente. Aun desplegando en altas y sólidas consideraciones todos los recursos de vuestro sa-



ber, tened en cuenta la inexperiencia religiosa de los que os oyen, por inteligentes que sean, no entréis en disputas de escuela, que traen divididos los pareceres y opiniones de los teólogos (1). Por el contrario, hablando á un auditorio modesto, no creáis que os agradecerán el que abajéis hasta lo trivial vuestros pensamientos, imágenes y lenguaje. Este proceder lo explican por señal de desestima ó menosprecio. Los que se alimentan de pensamientos bajos y vulgares, como los que hablan mal, no son, no, insensibles á los atractivos de una enseñanza que los perfecciona y de una palabra que lisonjea sus oídos.

Excuso advertiros que, en muchas materias, predicación que conviene á reuniones de hombres y de mozos no conviene á las de mujeres y doncellas; que los que van por la senda de los consejos evangélicos no han de ser tratados como los que penosamente se arrastran por la vía de los divinos preceptos; y por fin, que debéis atender á las diferentes condiciones sociales de vuestro auditorio. Sobre este último punto os haré una importante advertencia.

(1) «Subtiliores quæstiones apud imperitam multitudinem ne attingat, aut theologicis ratiocinationibus e schola petitis, quas pauci intelligunt, concionem impleat. Profundiores quæstiones premit silentio et scholarum disceptationi relinquat.» (NATAL ALEJANDRO *Institutio Concionatorum*, III, n.º 16.)

Sucede no pocas veces, máxime á predicadores noveles, cuando se dirigen á criados ó á señores, á pobres ó á ricos, faltar á las conveniencias insistiendo imprudentemente en las miserias de los unos, altivez, dureza é injusticia de los otros. Sirvientes y pobres viven, es cierto, humillados y proscritos. Pero, ¿por qué agriarlos con exaltadas pinturas de su triste condición, excitándolos á rebelión y odio contra aquellos á quienes achacan sus males? También es cierto que los patronos y los ricos son á veces altivos, duros é injustos. Mas ¿á qué lastimar é irritar su orgullo? ¿Para qué confirmarlos en sus malas disposiciones con invectivas cuya aspereza y rigor excluyen toda consideración? Dejad tan odiosa tarea para los tribunos que con cruda elocuencia excitan las pasiones del desorden para pescar en agua turbia. Pero vosotros, á fuer de varones apostólicos, compadeceos de las miserias del pobre sólo para consolarle, recordándole las profundas humillaciones de Aquel *que vino á servir* y á quien el universo mundo adora cual divino Rey de los pobres, realizándole el mérito de una humilde é incondicional sumisión á los decretos de la Providencia, mostrándole en el Cielo magnífica y eterna corona de gloria y de felicidad que ha de recompensar las abyecciones y sufrimientos de esta vida transitoria. Si á los señores y á los ricos in-



culcáis sus deberes, procurad enternecer su corazón con el doloroso espectáculo de abatimientos é infortunios que ellos no consideran y muchas veces no conocen; proponedles la insigne honra de ser, para los pequeños y desheredados, representantes y benéficos ministros del Dios liberal y misericordioso que con sus dones los ha favorecido.

Tened, finalmente, por regla esta máxima: «Las conveniencias del discurso, según las disposiciones de talento, condición, costumbres y capacidad de los oyentes, vayan impuestas y dirigidas por la caridad» (1), que, según palabras de San Agustín «no es enemiga de nadie, sino madre para todos: *Nulli inimica, omnibus mater*» (2).

Sobre conveniencias de lo que habéis de decir, os remito al capítulo VI de esta obra, donde trato de las materias predicables, indicándoos aquí una cosa que jamás debe sonar en vuestros labios, sino por evidente utilidad y edificación de los fieles, y esa cosa es: vosotros mismos. Cuando

(1) «*Illa concionis atemperatio ad ingenia, conditionem, mores, captumque auditorum, a caritate imperari debet ac dirigi, ad cuius finem concionator debet referre quae dicit et modum ipsum dicendi.*»  
(NATAL ALEJANDRO, *Institutio concionatorum*, VIII, n.º 44)

(2) *De catechizandis rudibus.*

el Apóstol habla de sí, de su misión, ocupaciones, trabajos, gracias recibidas, no es por vana ostentación sino para ocultarse bajo la suprema autoridad de entendimientos y voluntades, y para poner de manifiesto la inmensa misericordia de Aquel que le escogió y llamó, invitando á todos los corazones á adorar y bendecir la amable omnipotencia que en sus debilidades le sostiene. Toda palabra en vuestra alabanza es un funesto golpe contra la estima y consideración que debéis granjearos para asegurar los frutos de vuestro ministerio.

Al hablar de los demás, evitad toda exageración. En panegíricos y elogios, por ejemplo, no déis á vuestro protagonista más importancia de la que justamente le compete. Ni le convertáis, como sucede en eje de un siglo ó de una época.

Si os véis precisados á tratar cuestiones difíciles, lisonjead hábilmente la inteligencia de vuestros oyentes, y significadles que los conceptuáis capaces de entenderos. Así lograréis interesar su atención y se prestarán á seguir consideraciones y razonamientos que, de otro modo, pronto los cansarían y aburrirían.

Hablando de materias delicadas que pudieran alterar la santa ignorancia de ciertas almas, usad de reticencias y prudentes términos; velad púdicamente vuestro pensamiento, y sólo le penetren



aquellos á quienes dice el divino Salvador: «Quien pueda entender, entienda: *Qui potest capere capiat*» (1).

Habiendo de ser severos y tal vez duros, seguid el procedimiento que los antiguos llamaban prolepsis. Precaveos, disculpaos de antemano, protestad de la rectitud y benevolencia de vuestras intenciones, previniendo la mala opinión, descontento y censuras de los que se sintieren alcanzados por vuestra palabra.

Ultimamente, en todo cuanto digáis, sabed limitaros y no cansar alargando y recargando vuestros discursos: *Caveat concionator ne rerum multitudine dicendarum gravet auditores aut prolixitate sermonis sit ipsis fastidio* (2).

Ocioso es advertir que en la predicación, ha de atenderse á las conveniencias de tiempo. Hay épocas del año llamadas por la Iglesia tiempo favorable y días de salvación: *Tempus acceptabile, dies salutis*, cuales son Adviento, Cuaresma, misiones y ejercicios espirituales; y esas circunstancias requieren mayor celo y solicitud por las almas que Dios llama y vosotros deseáis reducir á El. Mas ampliemos esta noción de conveniencias de tiempo, y apliquémosla al siglo y días en que vivimos.

(1) Matth., XIX, 12.

(2) NATAL ALEJANDRO *Institutio concionatorum*, IV, n.º 26.

«El hombre de las verdades eternas necesita ser hombre de su tiempo» (1). Debe conocer los errores de que adolecen las almas, las pasiones que las agitan, los actos por do se manifiestan, las formas de que se revisten las concupiscencias y miserias que aquellas engendran. Por supuesto, que eso no le da derecho á verlo todo, experimentarlo todo y hablar lenguaje que, en boca de un sacerdote, sorprende y escandaliza.

Ni sólo ha de conocer el apóstol su tiempo, ha de amarle también, pero con la discreción del sabio ajeno á culpables complacencias. «Me gusta todo lo de mi tiempo, hasta sus defectos.» ¡Tristes palabras pronunciadas por un orador sagrado! Amad á vuestro tiempo en lo que tiene de bueno y accesible á las verdades divinas, cuya enseñanza tenéis encomendada: Evitad ese celo amargo que á justas reconvenciones da aspecto de maldición. No os irritéis contra los errores y vicios de las modernas generaciones, por abominables y monstruosos que os parezcan, hasta desesperar de remediarlos, sino «mirad al hombre actual con los ojos y corazón de Jesús, penetrando, con fuerza y suavidad, hasta el hombre eterno, cristiano de todas épocas, fondo de la naturaleza humana y del alma bautizada. Ahí hay que ir á buscar la victoria; y ese es el único mé-

(1) LONGHAYE, *La Prédication*, II parte, I, § 2.



rito y valor que para nosotros tener puede la actualidad» (1).

Sin embargo, en eso de actualidad, sabed conteneros. No la exageréis en vuestras ideas ni en vuestro decir, y sobre todo, no os dé más el que algunas gentes murmuren que predicáis á la antigua. Esto indica sencillamente que no habéis dejado de ser evangélicos. El modernismo que pregonan nuestros críticos no es, en resumidas cuentas, más que un conjunto de débiles y funestas concesiones hechas á la opinión, ilusiones, preocupaciones, relajación y mal gusto del siglo.

A las conveniencias de tiempo juntad las de lugar. No perdáis de vista que la predicación se hace en lugar santo, donde, si las almas pueden recibir profundas emociones, no han de alterarse el respeto y el recogimiento con agitación alguna tumultuosa. Si allí es permitida modesta sonrisa, no se tolera clamoroso regocijo; y si la placidez de la fisonomía es legítima señal de aprobación, esta no ha de romper en salvas de entusiasmo. Deber es del orador sagrado, sorprendido por semejantes explosiones, reprimirlas con modesta gravedad, á imitación del P. Lacordaire que calmó la exaltación de sus oyentes, diciendo: «Se-

(1) LONGHAYE, obra y lug. citados.

ñores, la palabra de Dios no se aplaude, se cree, se ama, se practica; única aclamación que sube al Cielo» (1). Otro religioso de nuestra Orden que, hace muchos años, se halló en el mismo caso, dirigió al auditorio esta advertencia: «Toda expansión de nuestros sentimientos, fuera de la oración, viola el templo. En lugares profanos puede manifestarse la aprobación francamente, porque la reprobación tiene idénticos derechos, no es igual en sagrado, porque si unos aplauden, otros pudieran contradecir, y la iglesia, morada del recogimiento y de la paz, tornárase lugar de ruído y confusión. No puedo aceptar este espectáculo; no me contristéis más con tales manifestaciones. Si necesito el sostén de vuestras simpatías, las veo en vuestros ojos, que hablan mejor y más expresivamente que las manos.»

No se me oculta que hay cuestiones de actualidad, que tratadas con ingenio y con calor, hacen salir de quicio á los oyentes: pues reservadlas para lugares neutros donde vosotros y el auditorio estéis más desahogados, aunque siempre cuidando, como ya os he dicho, que resalte la nota cristiana y evangélica.

Resumid este capítulo, lo mismo que el anterior, en esta conclusión de San Agustín: Composición y ornato del discurso, pasiones y con-

(1) Confer. XLV.



veniencias oratorias, todo debe ir estudiado, dispuesto y ordenado de suerte que el orador sea escuchado con inteligencia, gusto y docilidad: *Ut intelligenter, ut libenter, ut obedienter audiatur* (1).

## CAPÍTULO X

### DISPOSICIONES DEL ALMA Y AUXILIOS DIVINOS

Tenéis ya bien trabajado el papel, todo está previsto y dispuesto para conseguir el apetecido resultado; y no obstante, ni el atractivo ni el poder de vuestra palabra os asegura la obediencia de las almas, si, á la vez que vuestra lengua, no predica vuestra vida. «Por grande que sea la elocuencia del que enseña, más autoridad tiene su vida que su voz para imponer dócil atención á los que escuchan: *Habet, ut obedienter audiatur quantacumque granditate dictionis, magnum pondus vita docentis*» (1).

Mirad, pues, por las disposiciones de vuestra alma; manifiéstense esas disposiciones en costumbres irrepreensibles, y virtudes perfectas propias de un apóstol. Condición es de la elocuencia no tener que echarse uno en cara á sí mismo, y no exponerse á que se lo echen los demás: *Gran-*

(1) Lib. IV, *De Doctr. christiana*, IV.

(1) S. Aug., *De Doctr. christ.*, lib. IV, xxvii.